



22/12/2008

Política

Elecciones y cambio
social: Realidades y
mitos

15/12/2008

Economía

Elementos para un
mayor crecimiento

11/12/2008

Política

Cambio Social en
Estados Unidos

05/12/2008

Política

Institucionalización
del Sistema de
Partidos: Engañosa
Panacea

01/12/2008

Economía

Competitividad,
crecimiento y
flexibilidad laboral

26/11/2008

Política

Ventajas
programáticas de la
derecha

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe N° 676

Política

22/12/2008

Elecciones y cambios social: Realidades y mitos

Antonio Cortés Terzi

Concepto confuso

¿Puede o debe ser la idea de cambio el nutriente más importante e irradiador en los programas de gobierno que competirán en la elección presidencial que se avecina? ¿La oferta programática de la Concertación debiera tener como centralidad este concepto?

Ambas preguntas parecieran estar ya respondidas afirmativamente, si se tiene en cuenta la discursividad de los actores más relevantes de todo el arco político.

Sin embargo, para contestar con rigor y precisión las dos interrogantes habría que tener en cuenta, previamente, que, en la actualidad, la idea y concepto de cambio no es unívoca ni categórica en sus significados para el mundo político y político-cultural ni tampoco para las lecturas que hacen de él los mundos sociales.

La vaguedad o disparidad que ha adquirido el significado del vocablo “cambio” en el ámbito político y social, responde a un fenómeno más genérico y propio del devenir de lo moderno. Son muchas las categorías o conceptos que han perdido la exactitud que tuvieron antaño, simplemente porque se emplean sobre objetos de estudio que han sufrido mutaciones o transformaciones que los tornan históricamente disímiles o distanciados de sus contenidos originales.

En tal sentido, por ejemplo, con el término cambio otrora se entendía “cambio social” y éste tenía, a su vez, una connotación “revolucionaria” o “reformista”. O sea, aludía a modificaciones estructurales de un estatus determinado y que, por lo mismo, daba lugar a la instalación de un nuevo estatus.

Dadas esas características, durante mucho tiempo el cambio social, como discurso y como política programática, fue una consigna y oferta monopolizada por las culturas políticas de izquierda o de centro-izquierda.

Derecha y cambio social

Puede situarse en la década de los ochenta el momento en que ese monopolio empieza a romperse. La ofensiva intelectual y mediática del neo-liberalismo, ligada a ciertos éxitos gubernamentales en algunos países (Inglaterra y EEUU, especialmente), autorizan a las derechas a reclamar también para sí la noción de cambio social. Reclamo que no es pura retórica, pues efectivamente producen cambios sociales a costa de destruir o intentar destruir los estados de bienestar o, más ampliamente, en razón de la aplicación de radicales políticas libremercadistas y que no conceden virtualmente en nada a una larga tradición de desarrollo capitalista “mixto”, expresado en muy distintas formas de capitalismo de Estado o de desarrollismo en las naciones más rezagadas capitalísticamente.

En otras palabras, el neo-liberalismo se erige en propuesta de “cambio social” de derecha, pues apunta a modificaciones estructurales en la esfera de la economía, pero que irradian con potencia hacia transformaciones en extensos campos de la vida social.

Ahora bien, esta “apropiación” de la derecha del concepto de cambio social plantea, entre otras, dos cuestiones sumamente interesantes para la brega política y político-cultural.

En primer lugar, le permite a la derecha competir con banderas de cambio social, ergo, morigera su imagen de exclusiva representación de lo conservador y, por ende, le abre puertas para acceder a grupos sociales medios emergentes y muy sensibles a lo moderno.

Y, en segundo lugar, consigue agregarle contenidos propios al imaginario y al concepto de cambio social. En efecto, la idea de cambio social “tradicional” comprendía la noción de progreso social y tal progreso se asociaba, por excelencia, con procesos superadores de los problemas y desigualdades más extremas. De allí que evocara espontáneamente políticas prioritariamente destinadas a la pobreza y a los universos laborales.

El cambio social de la derecha no reniega de esas aspiraciones, pero las esquivo o subsume a través de la priorización de otras ofertas, a saber, el crecimiento económico, las modernizaciones y el acceso al consumo moderno.

Sin duda que el discurso derechista de cambio social, con sus “nuevas” prioridades, ha tenido éxitos reculturizadores, penetrando en el plano de la cultura masiva y entronizándose en ámbitos del pensamiento de sectores que adscriben a la centro-izquierda.

Sería un abuso simplificador argüir que estas dos acepciones de cambio social forman parte explícita de la división de aguas entre centro-izquierda y derecha. Pero de lo dicho, sí se pueden concluir dos cosas:

a) En la práctica política y en la pugna discursiva, ambas nociones de cambio social tienden a entremezclarse o yuxtaponerse y, por lo mismo, tienden a hacer más difuso el contenido programático del concepto de cambio.

b) No obstante lo anterior, es decir, pese a lo difuso e impreciso que encierra la convocatoria al cambio, de todas maneras el discurso sobre su sentido y orientación programática es materia del debate y de la competencia política entre derecha y centro-izquierda.

Cambio social y precondiciones

En el Chile de hoy, un proyecto de cambio que efectivamente se aproxime al mínimo conceptual que entraña la noción de cambio social es tanto más difícil de definir si se tiene en consideración los efectos de tres características relativamente peculiares de la política y de la sociedad chilena, que se analizan a continuación:

En primer lugar, la voluntad de cambio social presupone la existencia de fuerzas políticas y sociales inconformes, críticas del estatus y que, además, desarrollan decisión y conductas transformadoras que hacen del cambio social una real posibilidad.

Ninguna duda cabe que en Chile hay inconformismo y crítica social, pero de ello no se colige la presencia de movimientos anti-estatus relevantes. Casi, por el contrario, las insatisfacciones y “rebeliones” discursivas se inspiran, en lo sustancial, en demandas, no por transformaciones que postulen cambios estructurales del estatus vigente, sino por incorporación a él.

Por otra parte, tampoco se encuentran en Chile fuerzas políticas -con gravitación dentro de las relaciones de poder- proclives al cambio social en dimensión histórica.

De un lado, la Alianza de derecha habita en su “espacio natural”, o sea, en un capitalismo moderno bastante “purificado” en sus esencialidades, a pesar de los retrasos propios que muestran países de “capitalismo tardío”, como Chile. Además, la estructura y dinámica del capitalismo criollo no constituyen un escenario objetivo como para poder aventurar la aplicación de radicales políticas neoliberales que desemboquen en un nuevo establishment.

De otro lado, en la Concertación, o en algunos sectores importantes de ella, aparecen la inquietud y el deseo de retomar comportamientos de centro-izquierda típica que incluyen pretensiones de cambio social. Pero lo previsible es que se mantengan como inquietudes y deseos. Ante todo, porque en la Concertación como tal no hay visos de un cuerpo de ideas que acepten ser asimilables a una cosmovisión de cambio social. Luego, porque el grado de compromiso que ha adquirido con el estatus en casi veinte años de gobierno, implica que, inevitablemente, un proyecto real de cambio social pasaría por su propia autodestrucción. ¿Cómo transformar significativamente el estatus sin (auto) enfrentarse al que ha sido su principal cuerpo de conducción? Y, por último, porque es natural que en el curso de tantos años de gobierno y de compromisos con el estatus, en el seno de la Concertación se hayan incubado intereses no menores en su mantención.

En segundo lugar, el cambio social también presupone un precedente intelectual y político-cultural de gran envergadura y que comprende tres momentos claves:

a) Una comunidad intelectual que preserva teoría crítica, porque en ausencia de ella lo que prevalece son pensamientos que no salen de la inmanencia de lo sistémico, ergo, el cambio social queda huérfano de pensamiento trascendente y racionalmente propositivo.

Por cierto que en Chile hay teoría crítica, pero no una comunidad intelectual que la represente y exponga. En el terreno de la *intelligentzia* “organizada” predomina la crítica inmanente y de sesgos tecno-intelectuales.

La principal consecuencia de ello es que los atisbos de propuestas de cambio social carecen de teoría y, por ende, también de una discursividad totalizadora convincente y competitiva. Argumentalmente, los esbozos de cambio social han quedado en manos de ideologías, las más de las veces extemporáneas.

b) Tampoco se encuentra en Chile un segundo momento del precedente intelectual y cultural del cambio social: una discursividad crítico-racional que apele a ganar hegemonías en la cultura masiva. Si se entiende que el cambio social es un proceso que compromete ciudadanía y masas y que ambas no dejan de tener un pié en la cultura reproductora de estatus, se comprenderá que el cambio social requiere de rupturas, en el seno de lo cultural-popular, entre los ingredientes de cambio y los ingredientes conservadores que componen lo cultural masivo.

El cambio social efectivo demanda un largo y tenaz trabajo pedagógico de parte de la cultura política que aspira al cambio, simplemente porque las “masas” no están espontáneamente disponibles para las transformaciones; y no lo están, porque en su cotidianidad son parte del estatus. Su integración al cambio exige su conversión de “objeto” del establishment a “sujeto” del cambio. Y esa conversión fatigosa es tarea de la política progresista.

Huelga decir que no es mucho lo que en tal sentido ha hecho el progresismo en los últimos lustros.

c) Por último, el tercer momento es el más fácil de visualizar: para sentar el precedente culturizador de masas que las dispone al cambio, es menester disponer de redes y sistemas educacionales y comunicativos (informales o no “oficiales”) desplegados en los diversos espacios de la sociedad civil. Sin tales dispositivos, es obvio que la reproducción cultural masiva del estatus se verá extremadamente facilitada y, por ende y a la inversa, estará severamente dificultada la propagación de una contracultura propicia al cambio social.

La ausencia de esas redes y sistemas, en el caso chileno, no es un problema que atañe sólo ni exclusivamente a la cuestión del control y acceso a los mass media. Lo fundamental aquí es la ausencia de voluntad y de interés político por los aspectos culturales y conductuales de la sociedad. Ausencia que, en gran medida, se debe al escaso peso que conserva el tema del cambio social en la centro-izquierda.

A modo de conclusión: radicalización del continuismo

En la elección presidencial que se avecina no estará en juego ningún tipo de cambio social. La derecha no tiene conflictos estructurales con el estatus. Tampoco los tiene, explícita y uniformemente, la Concertación como conjunto. Y los sectores de la izquierda y de la centro-izquierda que dicen tenerlos no han trabajado para desarrollar las condiciones que inexorablemente preceden la posibilidad de cambio social legítimo y democrático.

Tampoco el progresismo pondrá en la palestra reformas y proyectos que pudieran considerarse como parte de un proceso acumulativo de transformaciones que, a la postre, concluyen en un cambio social. Eso es factible cuando existe una centro-izquierda con un pensamiento crítico que la homogeniza y cuando cuenta con una cosmovisión e imaginario del cambio que le permite concadenar en el tiempo las modificaciones parciales. A ese desarrollo no ha llegado la centroizquierda nacional.

Lo que hoy puede verse, es que entre Concertación y derecha habrá competencia en propuestas de cambio y por la representación del cambio en sí mismo. Pero con una connotación puramente cuantitativa y puntual del cambio, es decir, de un tipo de cambio que no amenaza con alterar las esencialidades del estatus, sino que más bien tiende hacia su reproducción expansiva.

En esta competencia por la representación del cambio, en su dimensión restringida y más bien simbólica, la derecha tiene un punto a favor, pues su propuesta se concentra en una medida y consigna simple y de muy fácil asimilación colectiva: el cambio de la fuerza gobernante y del personal de gobierno.

Para la Concertación el tema es más complejo. Primero, por la pluralidad político-cultural que entraña. Y, segundo, por la abierta pugna que se ha planteado en su seno en cuanto al contenido y la orientación de un eventual próximo gobierno.

Sin embargo, la complejidad mayor estriba en que sus ofertas de cambio no pueden salirse de ciertos márgenes de continuismo, pues si lo hiciera estaría negando la positividad de su obrar por casi veinte años de gobierno.

De hecho la Concertación ya está sufriendo los embates de esa paradoja. Tras el afán de posicionarse o reposicionarse como fuerza del cambio, algunos de sus sectores y actores apelan al enarbolamiento de un programa globalmente radicalizador que, en muchos aspectos, implicaría rupturas con las políticas transformadoras seguidas hasta hoy y un viraje político tan abrupto que sería irrealizable sin quebrar la Concertación.

El entorno estructural, socio-cultural y político en el que se desenvolverán las elecciones, sugieren que la opción de cambio sustentable por la Concertación no podría ir más lejos que el compromiso de “radicalización del continuismo”, entendiendo por tal la aceleración, profundización y complementación de las matrices de progreso y justicia social que han instalado y construido los gobiernos concertacionistas.